

Te enfocas, mejor, en tu práctica mental. En la armonía interior que te brinda. Cambia tu vida, te vuelves positivo, te relacionas más con la gente. Has salido de tu mutismo, de tu enclaustramiento teorísta, de tu pose intelectual. Cambia tu apreciación de tu ambiente, disfrutas mejor cada momento, amas la vida. Ahora desbordadas alegría, cuando hace un tiempo eras conocido más bien por tus mareos existencialoides. Tantos cambios, ¿a qué los atribuyes? ¿No resulta lógico aquello de que estás avivando tu salud física y mental, al contactar la fuente de toda la inteligencia creativa del universo, el campo unificado? ¿Qué otra cosa podría estar ocurriendo cuando practicas esa tecnología? ¿Qué otra explicación encuentras? ¿Y cómo puede ser posible que una práctica tan sencilla e inocente, en la que ni te esfuerzas por sentirte mejor, y en la que no estás involucrando auto-sugestión alguna, produzca tantos efectos? Sí, tienes que estar haciendo algo básico. Porque sólo lo básico es tan sencillo, y tan efectivo. Te dicen que estás regando la raíz para gozar del crecimiento de todos los aspectos de la planta, sin tener que estar cuidando de cada detalle, yendo a lo esencial ante todo. Y eso es lo que ocurre. Tienes material investigativo-experimental abundante sobre los beneficios fisiológicos, sicológicos y sociológicos de la práctica, ¿por qué más reservas?, ¿por qué temes a tu aventura?, ¿por qué temes invitar a los demás a hacer este viaje contigo?, ¿por qué tanto temor a hablar de lo fundamental, del contacto con la realidad suprema de ti mismo, de la experiencia filosófica básica? Deja que corran las opiniones. Tu misión es hablar. Lo que sabes, lo que intuyes, lo que profesas, lo que experimentas, no puedes callarlo. Tu misión, filósofo, es profesar la experiencia de la realidad última, más allá de todo prejuicio. Corre el riesgo de parecer un sofista.

De Heráclito o la Gravidez.

Una palabra sobre la mirada presocrática

Juan Fernando Mejía M.

*... entre el ojo del sol y los
ojos de los tulipanes;
y carezco de rostro: he querido
borrarme ...*

Silvia Plath

No he andando lo suficiente para decir esto, pero es justo que piense que es en los fragmentos de Heráclito donde las palabras tienen realmente peso. No lo digo para negar la fundamentación de otros discursos filosóficos, digo "peso" en el sentido de gravedad, pues es como si el discurso del efeso estuviese formado con trozos de universo, ya que la mirada heraclítea no es mirada de algo distinto a lo mirado; los ojos del "oscuro" son el cosmos que se contempla, la guerra que se mira sin cesar de combatir, la suprema justicia que se esconde en el caos.

La palabra de Heráclito es cósmica y tangible, tanto que, aún sin saberlo, la seguimos: nada escapa a su gravedad, como ningún sólido al suelo del que alguna vez se ha elevado. Algo especial en el discurso de Heráclito es que no es (ni pretende ser) "suyo" jamás, pues, sabiendo que es su boca la que habla, nunca negaría que son comunes a todos sus palabras, sin admitir una razón individual para cada hombre, porque es en esto en lo que reside la suprema insensatez, que muestra cómo una mayoría ciega obedece la ley cósmica entre sueños. La ley cósmica a la que alude lo anterior es la encarnada en la más pesada de las palabras del "oscuro", que retumba como el rayo rector, y consume de hecho el mundo con cada respiración, en un fluir interminable de destrucción y generación, que es el propio existir del cosmos. Reina el logos, palabra suprema, norma, razón y medida del morir, del aniquilar, del nacer y del crear.

Pero no caminan jamás separados de la palabra y de lo que es creado por ella los que duermen o la niegan, pues el logos es norma que mide y es a la vez lo medido, es fuego eterno que se enciende y apaga según medidas y, como él, al mezclarse con diversos perfumes, recibe el nombre de los aromas percibidos.

Sabiendo esto, ¿creemos aún en la ilusión de una razón particular, cuando nuestro existir encarna tanto el logos como el existir de una roca o el del aire? Es aquí donde puede Heráclito burlarse de nosotros y de todos cuantos pisaron el suelo efesio en su tiempo; si bien ya resulta bastante difícil pensar la inmensa concreción de sus palabras, esa no es la única dificultad que el "oscuro" plantea a sus interlocutores; la lucha siguiente de Heráclito es un intento porque sus contemporáneos despierten a la marcha del logos, no porque con la ignorancia se atente contra la existencia del cosmos o de los hombres; talvez no tenga siquiera importancia el que los hombres despierten, lo cierto es que la verdad es dicha.

La palabra heraclítea no buscó jamás ser seguida. Dice la doxografía que el carácter del efesio era el de un solitario, un solitario incomprendible que pudo burlarse de todos cuantas veces quiso. Un enigma, una frase caótica —tan caótica como lo visible—, un camino a una claridad imposible donde las palabras se arrastran en las entrañas del hablante. Heráclito camina entre ciegos, viéndolos tropezar convencidos de que caminan hacia algún lugar aunque hayan olvidado a dónde conduce el camino; son todos bufones que pretenden limpiarse en el lodo.

Haya sido oido o no, Heráclito, como lo dice, ha explicado la naturaleza de las cosas, distinguiéndolas, hablando de aquello que es común a todos: ha puesto el cosmos en su discurso, sin pretensiones, sólo en la actualidad de lo concreto, como un mensaje eterno que no espera respuesta. Ha dicho el cosmos en términos caóticos, poniendo la justicia en la guerra. Palabras encontradas donde los acostumbrados a la claridad positiva sucumben por no ser capaces de ver armonía en los contrarios, han de advertir que la realidad existente se encuentra en eterno flujo, disponiéndose por transformaciones a manera de exhalaciones de fuego vivo. La diversidad y la unidad no logran diferenciarse, no logran diferenciarse pues ninguna "distancia" existe para los seres en el logos, guerra eterna de las cosas contra sí mismas; aún en los sentimientos, pues no hay dulzura y bienestar en la salud y en la hartura sin enfermedad y hambre.

Pero, aún cuando ya hayamos aceptado la comunidad de razón entre los hombres y entre éstos y las cosas que conforman el universo, no sabemos cuál es el puesto del

hombre en el cosmos según Heráclito. De hecho, en los fragmentos de Heráclito no hay una antropología; con todo, lo que existe nos da la idea del hombre como un ser en algo más que estrecha relación con el cosmos, y las formas en que dicha relación es planteada son la ética y el conocimiento, este último tal vez debiera llamarlo "reconocimiento".

Hay que anotar que las referencias que se hacen a los hombres casi siempre poseen un carácter o de reprensión o de burla, lo que significa que las cuestiones sobre el cosmos, el actuar o el conocer son realmente problemas; mientras que el del hombre en sí mismo no llega a constituirse realmente en uno de tales problemas.

Sólo hallamos algunas referencias explícitas al tema en sus alusiones a las almas, pero no han de mirarse como posturas antropológicas; la categoría "alma" en la filosofía del "oscuro" tiene un carácter cósmico, pues el alma encarna la comunidad de ser entre las cosas en la razón universal.

El cosmos viviente es logos manifiesto, el alma, un camino en él, infinito como la existencia continua del universo; es por el alma que se confunden todas las realidades, pues por ella hablamos de lo común y único. El logos, común a todos los seres, "acontece" de una manera particular en el hombre, ya que a él le está permitido ser sabio, y ser sabio es reconocer que todas las cosas son uno. No se separan ontológicamente el observador de lo observado, ni la palabra de lo que es con ella nombrado.

La referencia cósmica al alma es oscura, ésta es como un tallo en el logos a lo largo del cual se es hombre, se conoce y se halla una única posibilidad de existir. Heráclito no llama alma a un principio. Dice alma como un momento en la combustión del universo: una exhalación. Alma es entonces raíz; infinita como el suelo en que se asienta, es recorrible pero jamás se concluye, tan hondo tiene su arraigo en el logos. ¿Es posible decir que existe algo así como "mi alma"? Siendo fiel a la letra de los fragmentos, no podría decirlo sin riesgo; básteme con recordar que saber es investigarme a mí mismo, y al hacerlo es el alma la que conduce a un único lugar: la razón, que es única también.

¿Ha Heráclito terminado el camino eterno del logos del alma y vuelto luego para participarnos? Tal vez no se pueda decir que partió siquiera, pero ha transcurrido; en lo que transcurre —que es lo que es— son el mismo lugar el comienzo y el final; siendo suficiente, a la vista del que mira sin barbarie empapándose del fango con el que se construye un discurso sin miras ni posibles oposiciones, tan sólo un camino hacia un silencio innecesario tan estéril como el viento de la voz, pero jamás ajeno a las palabras...

La profundidad del alma desborda todo obrar posible, tanto en el ser como en el conocer; sólo a la sensatez se revela la unidad, pero en una intuición inacabada, en flujo; pero, de cualquier manera, al devenir del cosmos nada escapa, y por eso quien descubre o reconoce el ser real del universo reconoce también el obrar de los hombres y de las cosas que componen la naturaleza, distinguiendo a quienes andan dormidos de quienes andan despiertos.

Este es el lugar del peso de la palabra heraclítea. No hay para ella función determinada ni un deseo específico que la anime, no pretende denuncia ni cambio de actitud en las gentes; simplemente, una palabra sin que se diga no es palabra; habla Heráclito para

que la palabra sea dicha, mostrando cómo es el devenir real y cuan ridículos ve a los hombres moverse torpemente con su certeza de tener una inteligencia propia. Heráclito no se burla, y si lo hace no pretende ni engañar ni confundir, lo que sucede es que la verdad por él proclamada tiene el poder de hacerlo, por su naturaleza, con las almas bárbaras, que son la mayoría.

Lo que me admira después de todo esto es lo siguiente: ¿Cómo conseguir hablar de la realidad poniendo tan poca o ninguna distancia entre las cosas y el discurso? Siendo ésta no únicamente una cuestión de términos, también es notable la congruencia entre lo hablado y la forma en que los fragmentos han sido compuestos.

En Heráclito, el uso del lenguaje no parece uso sino apropiación, y no apropiación del "lenguaje por el hablante" sino del "hablante por el lenguaje", lo que implica un discurso por sí mismo viviente, que habla a su vez de un cosmos regido por un logos concreto y viviente.

Esto es el discurso que se halla en los fragmentos, donde las palabras "luchan" unas contra otras sin que el mensaje se ahogue, formando sentencias de una gramática infinitamente complicada, de un indudable estilo poético: firme y agresivo. Oscuridad y silencio son lo único que podemos oponer a palabras de tal claridad (no es que con ello respondamos); oscuridad y silencio son elementos de la estructura de los fragmentos que no son dichos con fonemas, son dichos con el hablar mismo; podríamos llamarlos "un opuesto del logos que es el logos mismo", lo que estaría en consonancia con su teoría de los opuestos, con la forma en que los fragmentos han sido conformados y con la vida que de hecho posee el discurso de Heráclito.

... No hace falta doxografía... un hombre indescifrable, que sabe moverse en la ciudad donde nació, regresa de alguna misteriosa soledad, no hay movimiento en su mirada y su pisar es lento y firme sin calzado sobre la tierra caldeada por el sol del Mediterráneo; se dirige al lugar más familiar, el templo de una diosa que en otro tiempo hablaba al pueblo... Para él, o para alguien, o para ellas mismas, brotan palabras de la boca del hombre, acentuando su volumen cada vez más... Sin hablar para ser oído, truenos y guerra salen de su boca; su mirada se pierde, igual que el sol en el suelo...

"El hombre enciende a sí mismo una luz en la noche, cuando al morir apaga su vista; viviendo, en cambio, toma contacto con el muerto al dormir, apagando su vista; despierto tiene contacto con el durmiente". ¿Hay acaso otra sentencia más dura? Es el fragmento 26, uno de los más comentados, palabras en guerra, una frase bella y equilibrada. Hay en este fragmento expresión exacta para una de las relaciones ontológicas más difíciles de explicar, la cual es sólo transmisible en la medida en que se haga una apropiación directa del contenido del texto. ¿Hasta qué punto se le puede llamar ligeramente "metáfora"?

El problema de la existencia de las cosas para Heráclito era relativamente sencillo; lo complicado es que su explicación pueda ser comprendida hoy con alguna profundidad: la dinámica eterna no supone lo que estrictamente pueda llamarse creación, sólo una existencia (eternamente cambiante) en y gracias al logos. En el fragmento anteriormente citado, se expresa no sólo la existencia de algo sino la manera en que es posible tal existencia; el significado de la expresión no requiere de otra cosa más que de la expresión misma para manifestarse; es concreto y, sin embargo, sólo penetrable por la

disposición que tenga quien lo escucha; no es metáfora y, sin embargo, es imagen, una imagen certera.

Puede hablarse de ingenuidad en la explicación de lo real al referirse al discurso de Heráclito. Sin embargo, tal ingenuidad es lo que hace tan complejo y acertado a la vez el planteamiento, puesto que no existe un propósito exterior a la acción misma (que es el discurso) y tal acción no se distancia de su objeto. La mirada del "oscuro" es diáfana y, por lo mismo, incisiva hasta el extremo, pues está destinada no al conocimiento sino al reconocimiento del cosmos por sí mismo. Oscuridad y silencio son al logos (o en el logos) lo que a un vitral de hermosos colores es la luz; ambos, el vitral y el logos, existen, y en el reconocimiento de ellos no diríamos que la luz (para el vitral) o la oscuridad y el silencio (para el logos) son externos o diferentes a ellos, pues, por bello que sea el vitral, éste es imposible para nosotros sin la luz. Talvez la imagen sea más feliz para considerar el logos, ya que es más real la pertenencia necesaria de oscuridad y silencio al logos no sólo como norma cósmica sino también como discurso de dicho cosmos.

Oscuridad y silencio son categorías que, al ser explicitadas sobre el discurso, se convierten en "agregados", como un sobre-nombre. Pero son las categorías que me permiten hablar de la mirada presocrática, son las notas que hacen posible que me acerque a la actitud de ese momento de la filosofía. El filósofo presocrático es predominantemente un "escuchador" atento y despreocupado que articula con oscuridad y silencio la lluvia incesante de lo real, componiendo la armonía total del ser del cosmos, no para sí, sino para el cosmos mismo.

No hay un interés que mueva el discurso, pues éste se mueve a sí mismo; no es posible motivación exterior alguna cuando es tan certera la comunidad entre la palabra y su peso concreto; el discurso presocrático es implacable; con todo lo rudimentario que pueda parecer, logra, como ningún otro, su propósito haciendo posible la verdad como develación, pues no va a conocerla sino a reconocerla y, al reconocerla, se reconoce a sí mismo como igual a ésta.

Dicho todo esto, puede sonar a nostalgia una discusión basada en la ingenuidad pro-cósmica del siglo VII, ya que Heráclito se escabulle a la comprensión de quienes, para el caso, aprendieron a mirar el mundo y a valorar los discursos después del inflexible y pesado "yo" cartesiano; sea pues nostalgia. ¡Extráñense la claridad y el orgullo intelectual! ¡Corramos nosotros a jugar a la taba y dejemos que los niños gobiernen la ciudad!